

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

Sentido
de
Dios
y
Liturgia

Mazana-tha

Escritura de la mano

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

Sentido de Dios y Liturgia

• CARLOS GONZALEZ C. OBISPO DE TALCA

**SENTIDO DE DIOS
Y LITURGIA**

+ CARLOS GONZALEZ C.
OBISPO DE TALCA

DISEÑO E IMPRESION: MARANA-THA LTDA.
1 NORTE 549 - FONOS: (071) 234428 - TALCA

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

Talca, Noviembre de 1992

"La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza" (Concilio Vaticano II, S.C.10) y Juan Pablo II, en 1989, dijo a los Obispos de Chile que "la sagrada liturgia ha de ser siempre el centro de la vida de la Iglesia. Ninguna otra acción pastoral, por urgente e importante que parezca, puede desplazar a la liturgia de su lugar central. Cuiden que la liturgia sea digna, atractiva, participada, que lleve a la adoración..."

Estos dos textos, del Concilio y del Santo Padre, son dos expresiones categóricas que llevan a preguntarnos con seriedad lo que sucede al interior de nuestra vida de Iglesia.

Hemos dado pasos importantes en estos años: la dimensión litúrgica comunitaria es una realidad valiosa; el laicado ha asumido un rol mucho más activo y el "día del Señor" ha ido tomando cuerpo y consistencia en muchos cristianos y en las comunidades cristianas. Las liturgias dominicales sin sacerdotes constituyen una realidad importante en numerosas parroquias y comunidades.

Las celebraciones litúrgicas con verdadero contenido son el resultado de vivencias interiores y de una concepción religiosa adecuada. Si no hay una intensa vitalidad interior habrá "ritos" o "fórmulas" litúrgicas, tal vez bien realizadas; pero la verdadera alabanza a Dios nace de las grandes realidades interiores. Por esta razón antes de abordar la liturgia estrictamente tal trataré de presentar algunos aspectos relacionados con la vida interior.

DOS REALIDADES PREVIAS PARA ENTENDER LA LITURGIA

a.- La Interioridad

En toda persona hay una vida interior, en algunos es un jardín interior cultivado con cariño y para otros es un terreno descuidado y sin amor.

Somos templos del Espíritu Santo y el pensamiento de San Agustín: "Tú estabas dentro y yo andaba fuera" mantiene vigencia a través de los siglos. Se necesita un gran respeto a esta interioridad y quien desprecia esta verdad no podrá suplirla con ningún otro valor. En la profundidad interior de la conciencia, se producen los grandes hechos de la vida humana y en la interioridad personal la persona se

encuentra con Dios, consigo mismo y con sus hermanos.

Jesús tenía esa gran fuerza interior que daba vitalidad a sus palabras que llegaban profundamente al corazón de quienes lo escuchaban. Al meditar los diálogos del Señor con la Samaritana, con Zaqueo, con la mujer pecadora, es fácil descubrir la profundidad de su vida interior.

Jesús nos muestra una personalidad traspasada por la Presencia divina y así lleva a los hombres y mujeres de su tiempo a enfrentarse con su propia interioridad. El nos llama a descubrir y vivir que somos santuarios vivientes de Dios.

Es la religión del espíritu, de "los adoradores en espíritu y en verdad" (Jn. 4,24) que buscan el rostro del Padre con amor y sinceridad.

El que posee y es conciente de esta

maravilla de la interioridad hace de su vida una mirada de amor hacia Dios. Se hará transparente, sencillo y podrá entender la voz de Dios y sus caminos misteriosos. A la inversa, quien vive en lo superficial, en lo exterior, motivado por estímulos únicamente externos, nunca descubrirá la religión del espíritu y no podrá adorar en espíritu y en verdad.

En toda persona hay un contemplativo, muchas veces ignorado y no reconocido. Este contemplativo está llamado a ver, a través de los otros y de las cosas infinitamente más allá de lo que puede pensar. La tarea de la contemplación no es "útil"; pero es fundamental porque en la contemplación se juega la salvación del hombre y la vida de la Iglesia.

Contemplar ayuda a descubrir y darle sentido a lo que hacemos. Lo que digamos sobre Cristo, o sobre los valores religiosos, no tiene vitalidad si no ha sido

redescubierto en el silencio y en la paz interior. La contemplación nos lleva al misterio de Dios y nos hace portadores conscientes del Dios vivo que esta en nuestro corazón.

La mirada contemplativa nos da el sentido de Dios que debe descubrirlo en forma personal y no es fácilmente comunicable. A Dios se le encuentra en la vida, en el amor y Jesús más que un modelo es un testigo viviente que comunica y regala la vida divina.

La interioridad irradiante que nos muestra Jesús es un reflejo de su vida interior y que necesario es aprender en Él a proyectarse hacia los verdaderos valores.

Hoy día, millones de hermanos nuestros viven en lo externo y, el jardín interior del espíritu, esa gran verdad que se llama contemplación, parece ser una palabra extraña.

"Quien no nace de nuevo no puede entrar al Reino de Dios" (Jn. 3,3) y nacer de nuevo significa descubrir esa interioridad, lo que permite liberarse de los prejuicios, de los orgullos y de tantas amarras o esclavitudes interiores. Es un camino para llegar a la libertad verdadera, a una dignidad propia. Y todo viene de esa Presencia de Dios descubierta en nuestro yo más profundo.

Sólo cuando Dios es descubierto por el hombre en su interior se realiza el verdadero nacimiento del hombre y así se entra en los caminos de Dios.

Nacer de nuevo es una experiencia vital que cambia el eje de gravedad que orienta la vida. Entonces, es posible encontrarse consigo mismo para vivir en verdad y con la libertad interior. Podemos acoger y apoyar a otros porque se ha producido la liberación que nos permite relacionarnos en forma sana y creativa.

Esta Presencia de Dios descubierta en la interioridad nos lleva a la superación de nuestros miedos y egoísmos para orientarnos a un amor de donación y de entrega. La vida se transforma en don y se entiende lo que es el amor. La vida será más atrayente porque Dios es plenitud.

No se trata de "conceptos" sino de "experiencias". San Agustín vivió y logró describir su experiencia de Dios y supo comunicarlo a través de sus escritos. El hablaba de "Belleza" y San Juan de la Cruz, que también vivió este proceso interior, la describe como "una música silenciosa".

Esta interioridad es necesaria para entrar en la vida de la liturgia. Quisiera insistir en una premisa importante: nunca estamos solos, ya que siempre estamos habitados por Dios. El vive en nosotros y su Presencia es la mejor compañía.

b) El culto a Dios o la virtud de Religión

"Les ruego por la misericordia de Dios, que ofrezcan vuestros cuerpos, como hostia viva, santa y agradable a Dios. Este es vuestro culto racional" (Romanos 12,1; Hebreos 13,15-16).

Es fácil honrar a Dios sólo con palabras, y Jesús dice a sus discípulos: "este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí" (Mc. 7,6).

Existen cristianos que viven de fórmulas exteriores, pero tal vez nunca han entrado en una búsqueda real de Dios. Viven en lo externo y sus labios recitan oraciones vocales; pero están ajenos a lo que pasa dentro de ellos, en los otros y no logran interpretar los acontecimientos.

Estos cristianos generalmente han llegado a una relación con Dios que se caracteriza por el dar y recibir, se trata de ese sistema

de compensaciones interesadas que el Antiguo Testamento describe como el culto mal orientado a Dios que realizaba parte importante del pueblo de Israel. El Señor muestra su desagrado y lo dice a su Pueblo:

"Yo no quiero tus novillos ni los machos cabríos del rebaño porque todas las fieras silvestres son mías y en mis campos hay miles de animales". "El mundo es mío... acaso voy a comer carne de toros o de beber sangre de cabritos?". ¿Por qué vas diciendo mis preceptos y tienes siempre mi alianza en la boca? ¿Por qué tú arrojas mis palabras a la espalda?. Comes con los ladrones y compartes con las adúlteras... hablas mal de tu hermano...".

Este Salmo 49 es la queja de Dios a su pueblo en la cual se duele de una religión mal orientada. Más adelante el sermón dice: "si quieres honrarme, ofrécame sacrificio de alabanza. A quien camina

rectamente lo haré ver la salvación de Dios".

La alabanza a Dios, honrar el nombre de Dios, hacer de la vida una hostia viva y santa, ese es el culto agradable a Dios. En estas grandes verdades se fundamenta la **virtud de religión** que significa entregarle a Dios lo que El desea y aprecia.

La virtud de religión es reconocer que Dios es el Primero y que El quiere hacer de nuestras vidas una ofrenda de amor. Es reconocer la primacía de Dios aceptando nuestra realidad de criaturas e hijos de Dios.

Es la alabanza y adoración a Dios en forma desinteresada y por amor. Al entender la alabanza gratuita a Dios desaparece el concepto de una vida religiosa, que, tal vez sin saberlo, se ha traducido en un comercio mediocre con Dios que no tiene sentido cristiano.

Jesús dice que "donde está el tesoro allí está el corazón" y el drama de muchos creyentes es que su corazón no está orientado hacia Dios porque han caído en la idolatría adorando dioses falsos como el poder y el dinero.

Para abordar el tema de la liturgia, o sea el culto a Dios, se necesita entrar en la religión del espíritu despojándose de un materialismo arrasante que mata la vida y ahoga al espíritu.

Podemos vivir sumergidos en ritos litúrgicos, en una supervalorización de lo sacramental; pero si no hemos descubierto la virtud de religión todo eso tendrá poco valor.

Se trata de honrar a Dios, de ese honor que el hombre debe a Dios a quien reconoce el primero. Si este honor de Dios no ha sido trabajado viviremos en una religiosidad de apariencias y recetas; pero

estaremos muy lejos del Reino de Dios.

Jesucristo frecuentaba las sinagogas; pero principalmente era adorador del Padre ya que su vida estaba orientada hacia la gloria de su Padre para su Voluntad.

Actualmente es significativo el número de quienes no frecuentan nuestros templos y se alejan del catolicismo. Tal vez la raíz más profunda de estas lejanías viene de una vida cristiana en la cual la virtud de religión y el verdadero culto a Dios no ha sido bien orientado.

Es importante reafirmar lo que sucede en nuestras vidas, al interior de nuestra Iglesia y allí revisar con honestidad lo que debe ser tal vez, profundamente modificado.

II

LA LITURGIA ES EXPERIENCIA PERSONAL Y COMUNITARIA DEL ENCUENTRO CON DIOS

Es importante no confundir la liturgia con las rúbricas y las "ceremonias". Esta confusión sólo lleva a ritos inamovibles que no parten ni respetan la vida interior de las personas y de las comunidades cristianas. El excesivo apego a las rúbricas mal entendidas genera una rigidez excesiva y mata la creatividad que es un regalo de Dios. Las ceremonias son necesarias en la vida civil para regular las relaciones oficiales y diplomáticas. Las ceremonias están marcadas por las tradiciones de los pueblos y ayudan a unir a los pueblos con sus raíces históricas y culturales. Es diferente lo que sucede en la Liturgia que, sin quitarle su importancia a las

tradiciones, está alimentada por la Tradición de la Iglesia, enseñanza viva conservada a través del tiempo y expresada en las diferentes épocas y circunstancias de la Iglesia de manera adaptada a la vida. La Liturgia no vive centrada en conceptos abstractos ya que Dios es Padre y "tanto amó al mundo que nos entregó su propio Hijo" (Jn.3,16). Es un acontecimiento fundamental de nuestra vida cristiana y está profundamente enlazada con la Encarnación de Jesucristo. Es una experiencia de Dios y no una repetición mecánica de ritos desprovistos de vida.

La Liturgia debe ser la expresión de un pueblo que vive una experiencia de Dios que está presente en sus vidas.

Si no existe esta experiencia viva de Dios y de su Presencia, la Liturgia cae fácilmente en la "ceremonia" y se pierde lo propio de la Liturgia que es la "celebración". Las personas que han descubierto la presencia

viva de Dios desean compartir su experiencia con otros y experimentan la necesidad interior de expresar su gratitud, su asombro, sus vacíos, sus sueños, en un encuentro que es al mismo tiempo estructurado y espontáneo. Esta experiencia vital se llama celebración y realizar este encuentro es "celebrar".

La gran celebración de los cristianos es la Resurrección de Jesús que triunfa sobre la muerte y el pecado. En este acontecimiento se funda la esperanza y la alegría del futuro, porque si esto no hubiera sucedido no habría esperanzas ni paz. Celebrar es el encuentro de los cristianos en la alegría de haber descubierto que, en la fragilidad de su carne y de su historia, Dios está en lo más profundo orientando, enriqueciendo, perdonando, y, así se convierte el triunfo de la Resurrección en un acontecimiento contemporáneo, personal y comunitario.

La Liturgia, en primer lugar, nos convida

en lo más profundo de nuestras vidas a descubrir que Jesús Resucitado le ha dado una dimensión nueva única a todo lo que nos suceda. Sin este antecedente no habrá vida litúrgica, y únicamente habrá ceremonias vacías. Celebrar es una realidad pero "ceremoniar" es sólo algo externo y sin sentido. "Ceremoniar" significa mantener la forma y no el fondo, es pensar en "temas", "ideas" y no en acontecimientos vividos, es matar o alejar al silencio para llenarlo de palabras y cantos que pueden llegar a ser bellos pero que no siempre tienen contenidos profundos. En este contexto las personas "asisten", porque "deben asistir", pero no existe un impulso interior que los lleva a encontrar a los demás para vivir la experiencia alegre del descubrimiento de Dios en la vida en un encuentro fraternal. Se limitan a recordar, cuando la Liturgia nos llama a revivir, a hacer actual lo vivido por Jesús. Fácilmente se llega a una especie de representación en la cual los que "asisten" se reducen a ser espectadores

pasivos de un ministro que les ahorra vivir su propia experiencia "haciéndoles una ceremonia" que antes que nada desean que sea hermosa, entretenida e inteligente. Cuando no se ha hecho un camino interior para descubrir a Dios en la vida y en su propia historia se busca a alguien que lo haga en reemplazo de quien nunca ha recorrido ese camino, lo cual es imposible, porque ninguna experiencia personal podrá adecuarse plenamente a otra. Si no se ha descubierto a Dios y la oración en forma personal se vivirá de fórmulas ajenas prestadas que caerán por tierra cuando aparezcan las dificultades. Aquí está la principal explicación de quienes abandonan la Iglesia y la búsqueda de Dios al terminar la adolescencia o la juventud.

Es frecuente ver las crisis de fe; pero es muy importante saber que estas crisis se producen al no haber una experiencia personal de Dios y de la oración. Si la vida religiosa es heredada y no asumida

personalmente por cada cristiano, la crisis será casi segura y sólo será superable al redescubrir a Dios y la oración en forma personal y madura. Es un proceso frecuente al cual hay que estar muy atento para saber apoyar en forma respetuosa y atinada. Sin una opción personal por Jesucristo, realizada en forma conciente de lo que significa esta opción no habrá liturgia y tampoco vida cristiana.

La Liturgia lleva a esa experiencia personal e intransferible, a un encuentro de Dios en la propia intimidad, en lo más profundo del corazón humano. La verdadera Liturgia lleva a descubrir a Dios Encarnado e insertado en la historia, actuando en cada persona de una manera misteriosa y vital. Así, en la soledad y el silencio, elementos necesarios para poder acoger la interioridad, puede brotar el gesto verdadero, la palabra, que tiene consistencia, porque parte de la vida. Ese gesto, esa palabra es la que cada cual

puede aportar en la celebración litúrgica para que se forme una corriente de comunicación salvadora entre las personas que participan en la Liturgia. Así todos se sentirán comprometidos, responsables y protagonistas de la Celebración. Sin este encuentro personal entre Dios y el hombre o la mujer, no hay liturgia y gran parte de la crisis que atraviesan nuestras liturgias y nuestros sacramentos se encuentra en la ausencia de este encuentro vital con Dios. Nuestros templos suelen tener multitud de personas: pero la gran interrogante es saber cuáles están celebrando la vida del Señor Resucitado y cuáles son asistentes pasivos que van por costumbre o por motivos ajenos a la liturgia.

Pero no se trata sólo de experiencias o de encuentros individuales, ya que la liturgia verdadera, la celebración bien entendida será siempre **una realidad comunitaria.**

Al tener una experiencia de Dios y al

compartirla con los otros que han tenido la misma experiencia se descubre al Dios que tiene "su" Pueblo y que no es solamente "mi" Padre, sino "Nuestro Padre". Entonces podemos rezar el Padre Nuestro.

La Iglesia es comunión y esta realidad va mucho más allá de una necesidad sociológica de apoyo para evitar la soledad. Es un hecho que nace de la fe en Dios, comunión de amor y de vida compartida. Todo nace de la Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que nos llaman a vivir en comunión y en unidad.

Si hay conflictos en nuestras comunidades y en nuestra vida eclesial, generalmente la raíz de estas dificultades está en no haber comprendido que Dios es Comunión de Amor.

La Eucaristía lleva al amor, crea comunidad. Si alguien se acerca a la Eucaristía sin preocuparse de los

hermanos, está "comiendo su propia condenación" como dice San Pablo. La Eucaristía crea fraternidades en donde crece el amor y el interés por los hermanos.

Crear comunidad significa sacrificio y donación que se traduce en misión evangelizadora. Nos dice el Señor que, lo que El hace en la Eucaristía es lo que tenemos que continuar haciendo nosotros con los demás. No se llega a hacer Eucaristía si no hay entrega y donación a los demás. Sin desprenderse de nosotros mismos para dar vida a los hermanos, no es posible vivir y entender la Eucaristía. La misión de la Eucaristía es vivir en fraternidad en el ambiente donde cada uno se encuentre. Todos tenemos la misma responsabilidad y cada uno tiene que dar para llegar a una auténtica comunidad de hermanos que se reconocen diferentes y se aman complementarios (Hechos de los Apóstoles, Cap.2 y 4).

Los prodigios que realizaban los apóstoles y la comunidad primitiva partían de su vida eucarística y así "al partir el pan" daban testimonio de Jesús con alegría y paz.

Nuestro ideal debe ser vivir como las comunidades de los primeros cristianos, unidos por Jesús y con María, en ese amor que se hace sacrificio y entrega para los demás.

No basta con hablar de comunidad para poder ser liberados del aislamiento que ahoga a las personas y mata el amor. Suele suceder que cuando hablamos de comunidad muchas veces no entendemos la experiencia de una extensión de nuestro yo, la experiencia de la vida que se agita alrededor nuestro, que debe conducirnos a ir más allá de lo estrecho de nuestra vida y así comunicar amor y vida a quienes nos rodean. Sin esta experiencia las personas siguen encerradas en sus mundos

individualistas, cualquiera que sea la frecuencia y la duración de sus reuniones.

Es necesario tomar conciencia de los muros de indiferencia, de enemistad y desconfianza que nos separan. Habrá que asumir estas realidades, buscar a los otros y tratar de derribar en conjunto esos muros. Esta toma de conciencia necesita ser asumida antes de comenzar o al comienzo de nuestras celebraciones.

Sólo en estas condiciones podrán penetrar los otros en el interior de nuestras vidas, nos pondremos delante de Dios junto a ellos, nos uniremos a sus intenciones y las presentaremos unidos delante de Dios. Pronunciaremos el "nosotros" de las oraciones litúrgicas con conciencia y responsabilidad. Así nacerá la verdadera comunidad cristiana (...).

El encuentro de Dios en mí y en la comunidad es básico, pero puede

detenerse o ser meramente subjetivo si no se abre a un encuentro objetivo: el encuentro con **LA PALABRA DE DIOS** que nos muestra un rostro, gestos, palabras, hechos, llamados bien concretos y delineados por esa persona viva que es **DIOS CON NOSOTROS: JESÚS**. La Liturgia nos pone en contacto comunitario con la Palabra de Dios que tiene lugar central en la celebración y está reforzada y confirmada por los gestos litúrgicos de los cuales el central es el gesto de Jesús de compartirse para que nosotros aprendamos, en El y con El, a compartirnos y formar un solo cuerpo responsable de anunciar la presencia de su Reino en nuestra vida. Esa comunión profunda, cima de la Liturgia y de la vida cristiana, es al mismo tiempo la fuente de donde brotan torrentes de agua viva que deben ir más allá de los límites de la Iglesia y regar y fecundar el mundo en que vivimos.

III

LOS SACRAMENTOS Y EN ESPECIAL LA EUCARISTIA

La vida cristiana es un caminar creciente hacia la sabiduría y al encuentro final en la casa del Padre. Ser cristiano es recorrer un itinerario de fe que se va apoyando en los sacramentos, que son actos de Cristo, para salvar al hombre y a la mujer de hoy y de siempre. Celebrar un sacramento en forma real es descubrir y aceptar en la fe, lo que Dios da y pide en lo concreto. Cada sacramento nos va uniendo a los momentos importantes de la vida humana. Así nos une al nacimiento, al matrimonio, al reencuentro con Dios, en la enfermedad y en la muerte. Van dibujando y expresando al hombre nuevo en las diversas circunstancias de la vida.

El bautismo da la vida nueva de la gracia de ser hijos de Dios; la confirmación reafirma la vida de fe cuando se llega a una edad madura; el perdón lleva al reencuentro de la amistad perdida y así cada sacramento va marcando y dándole sentido a los hechos importantes de nuestra vida.

Si descubrimos el dinamismo interno de los sacramentos entraremos en un itinerario de vida que posee una orientación valiosa de vitalidad y con espíritu creativo, que parte del pasado para orientarnos en un caminar progresivo. Todo esto, es posible especialmente porque los sacramentos son actos y gestos de Cristo.

LOS SACRAMENTOS SON ACTOS DE CRISTO.

En cada uno de ellos es el mismo Cristo quien personalmente actúa y es un viviente

real y vigente que tocamos y palpamos. El Evangelio nos muestra al apóstol Tomás que afirma no creer en Cristo si no logra meter sus dedos en las llagas y en el costado del Resucitado. Jesús se dispone a responder a sus exigencias y le agrega: "Tomás, porque has visto has creído, pero felices los que crean sin haber visto" (Jn. 20, 29). Esta frase tiene especial resonancia en nosotros que no vemos a Cristo; pero estamos llamados a creer en El. Es justamente en los sacramentos donde nosotros creemos en El sin verlo. Pero, si bien es cierto que no lo vemos, en los sacramentos sí que lo tocamos. El está ahí, actuando, ejerciendo su acción para purificarnos, sanarnos, fortificarnos, y comunicarnos vida nueva.

Creer en El no es sólo admitir su existencia como se admite la de cualquier personaje histórico. Es admitir su presencia actual y viviente, como la de un Salvador que nos llama y nos conduce.

Así como hace dos mil años Cristo ha tocado y sanado a los ciegos y a los leprosos, así como ha bendecido a sus discípulos imponiéndoles las manos en sus cabezas y les ha ofrecido el pan partido y compartido; así en los sacramentos nosotros somos sanados, perdonados, alimentados, recibimos la imposición de manos y la bendición en nombre del mismo Cristo. Por los sacramentos nos ponemos en contacto con el Cristo vivificante de una manera tan real como si, con El, hubiéramos recorrido los caminos de la Palestina, sólo que bajo otras apariencias.

Cristo nunca será Alguien inerte o pasivo. El es Alguien que camina y avanza. La vida y la misión de Jesús es un pasar peregrinante, que va haciendo el bien. La palabra "Pascua" significa justamente ese pasar de Jesús de la muerte a la vida, pasar en el cual El quiere conducirnos invitándonos a seguirlo.

Es importante tener presente que la misión de Jesús, su pasar y su vida itinerante reproducen y recuerdan de alguna manera la primera Pascua, ese paso de Dios en la vida de los judíos que son liberados de la esclavitud del Faraón de Egipto y "pasan" a la tierra prometida. Ese pueblo que camina 40 años por el desierto, en búsqueda de Dios en un peregrinaje difícil no es una historia envejecida y no es un simple recuerdo nostálgico. Esa Pascua de los judíos es la historia siempre actual de todas las liberaciones que Dios le ofrece a su pueblo. Los profetas han incansablemente tomado y retomado la vieja epopeya del Exodo para hacer de ella la imagen y la parábola de toda la historia de la salvación. Los evangelistas harán de ella el cuadro y la imagen de la salvación traída por Jesús. Siempre hay un movimiento de liberación y crecimiento y siempre el ser humano atraviesa dificultades para llegar a Dios. Es la historia de las personas y de los pueblos ya sea en el pasado en el presente y el futuro.

Ningún cristiano puede ser alguien instalado e inmóvil en un mundo que vive en un proceso de cambios. La Iglesia no es un edificio inerte. Es un barco que cumple una inmensa travesía que no está completa hasta el final de los tiempos. Es un peregrinaje hacia horizontes infinitos y los sacramentos que nos ayudan a entrar en esta travesía son movimientos de vida. (Cf. Padre Roguet. Los sacramentos, signos de vida).

Toda la concepción de la vida cristiana significa dinamismo, atravesar los momentos fuertes de la vida, el nacimiento, el matrimonio, la muerte, el pecado y el perdón en compañía de Jesús, que a través de los sacramentos, ha sanado y liberado nuestras vidas para ayudarnos a dar el paso definitivo hacia el cielo con un corazón purificado y sereno.

Los sacramentos son actos y gestos de Cristo. Qué necesario es valorarlos y darles el verdadero sentido. Es necesario

fortalecer cada uno de los sacramentos e integrarlos a la vida en forma real y con toda la vitalidad que ellos poseen.

Los sacramentos pueden ser considerados en dos grandes grupos: a) **los sacramentos de incorporación**, y en torno al Bautismo se inscriben la Reconciliación y Unción de los Enfermos, y b) **los sacramentos de misión** que alrededor de la Eucaristía participan la Confirmación, el Orden y el Matrimonio.

En los sacramentos de incorporación se pone el acento en el hecho de ser justificados y de hacer justicia, porque la gracia recibida da a los cristianos la capacidad de prolongar en la historia las actitudes de Jesús que se caracterizan por su justicia y misericordia. Así el bautismo, que sumerge al cristiano en la muerte y Resurrección de Cristo, impulsa al cristiano a vivir también estas características haciendo ver toda forma de injusticia y proclamando la única

Justicia. Es por esto que los cristianos bautizados deberán promover la búsqueda y la defensa de los derechos humanos, la justicia social, un salario justo y todo lo que enaltezca al hombre. El confirmando deberá vivir una moralidad verdadera y profética, yendo al encuentro de los sin esperanza, de los desvalidos y sufrientes, dando así testimonio de su fe. El que ha recibido el perdón del Señor deberá esforzarse por constituir la paz en todos los niveles y ámbitos. Por último, los que reciben la unción de los enfermos tienen la oportunidad de proclamar la salvación y sanación de que han sido objeto por parte de Dios.

Estos sacramentos de incorporación no sólo refuerzan la identidad de la Iglesia sino que también hacen que su misión sea más creíble en el mundo.

Los sacramentos de misión, por su parte, perfeccionan e integran a los sacramentos

de incorporación, ya que la justicia es solamente operante y válida, cuando se vive. Estos sacramentos tienen su raíz en el amor cristiano que consiste en la fidelidad a Dios y a los hombres. Es por esto que la Eucaristía reactualiza y comunica la fidelidad de Jesús al Padre y a los hombres. El Orden Sacerdotal prolonga en la historia esta misma fidelidad mediante el servicio y el Matrimonio lo hace mediante el amor.

Es así que estos sacramentos de Misión se pueden caracterizar o definir como "la práctica del amor". Jesús da muestra de éstos ya que vive lo que predica. Solamente este amor es capaz de hacer de la Iglesia un signo profético-creíble de la gracia divina.

Entre los sacramentos tiene especial relevancia LA EUCARISTIA y me ha parecido conveniente detenerme en este sacramento de la unidad, fuente y corazón

de la vida cristiana.

"La Iglesia hace la Eucaristía, la Eucaristía hace la Iglesia porque la Iglesia es la Eucaristía". Este pensamiento resume la maravilla de este sacramento llamado "el misterio de la fe" que será siempre el mejor test de la vida de fe, ya sea de un sacerdote o de un laico.

Después de haber proclamado el mandamiento del amor, en el lavatorio de los pies, "el Señor en la noche en que fue entregado tomó el pan, y después de dar gracias lo partió, diciendo: "Este es mi cuerpo que es entregado por ustedes: hagan esto en memoria mía". De la misma manera, tomando la copa después de haber cenado, dijo: "Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Siempre que beban de ella, háganlo en memoria mía". Así pues cada vez que coman de este pan y beban de la copa, están anunciando la muerte del Señor hasta que venga. (1 Cor. 11,23 a 26).

Así San Pablo, en la carta a los Corintios, recuerda la institución de la Eucaristía que traen los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. Después de la Última Cena, Jesús es llevado a la cárcel y muere crucificado para resucitar al tercer día. Todo está relacionado y así el Señor nos dejó su testamento, lo más valioso y apreciado por Él. Después nos dijo: "*HACED ESTO EN MEMORIA MIA*".

Eucaristía, Cruz, Muerte y Resurrección constituye un todo profundamente relacionado y complementario y significa reabrir las puertas entre Dios y el hombre que estaban quebradas por el pecado original. Es la Nueva Alianza entre Dios y el hombre, ya que significa un encuentro de comunión, realizado por el SACRIFICIO de Cristo en nombre de toda la Humanidad.

Jesús, Dios y hombre verdadero, se ofrece en este único y perfecto sacrificio y restablece la alianza por la entrega de sí

mismo en la Cruz.

El es altar, mediador, víctima y sacerdote en esta nueva y eterna Alianza. Es una acción sagrada y santa realizada por quien "habiendo amado a los suyos los amó hasta el final".

La Eucaristía celebrada en la última Cena fue bajo los signos del pan y del vino y es expresión del sacrificio de la Cruz.

El sacrificio siempre fue en la Antigua Alianza un movimiento hacia Dios. Es un ir y un regresar, los hombres ofrecían en la antigua alianza y Dios aceptaba los sacrificios por el fuego que quemaba las ofrendas. El hombre entraba en comunión simbólica con Dios; pero en el sacrificio de Cristo por la humanidad significa una comunión plena y real con la divinidad. Es el perfecto y único sacrificio que ha restablecido totalmente la alianza perdida y nos ha traído la paz.

Pero Jesús nos dijo: "Haced esto en memoria mía" y cada Eucaristía, celebrada por un santo o un pecador, será repetir y recordar lo que El nos pidió.

Me parece necesario recordar los tres elementos básicos y permanentes del sacrificio de Cristo en la Eucaristía y en todos los sacrificios: Ofertorio, Consagración y Comunión.

El Ofertorio: El pan y el vino es nuestro ofrecimiento y el de toda la creación. Es una acción de Jesús, de la Iglesia y de cada cristiano. Todo está recapitulado en El; el mar, la lluvia, las flores, las personas, la vida, el dolor humano, la enfermedad y la salud, el fracaso y el éxito. Es la humanidad concreta con sus tareas y deberes. El ofertorio de la Eucaristía es el ofertorio del universo. No es algo privado. Es una realidad social y universal.

Ofrecemos pan y vino lo cual significa la

ofrenda de toda nuestra vida que será transformada en Cristo.

Ofertorio es ofrecimiento pero también es oblación de Cristo y de nosotros. La Santa Misa está inserta en la vida humana, en la creación entera o, será sólo un rito o una ceremonia sin sentido y sin profundidad.

Al ofrecer el pan y el vino no podemos retirarlo sin cometer una profanación. De la misma manera, si negamos el ofrecimiento de nuestra vidas que hemos realizado en la Eucaristía estamos siendo inconsecuentes con lo ya se ha ofrecido.

"Ya no soy yo y nuestras virtudes son las virtudes de Cristo. Esta unión es posible por el ofrecimiento de nuestras vidas. Ya no nos pertenecemos y todo es de Dios".

"Tus ojos y tu boca son los ojos y la boca de Cristo. Todo está consagrado a la alabanza de Dios. Comprende este misterio

v este don". (San Anselmo).

LA CONSAGRACION: En el capítulo 18 del primer libro de los Reyes, leemos como el fuego bajó del cielo e incendió el sacrificio que hacía el profeta Elías al verdadero Dios. Allí aparece como Dios acepta el ofrecimiento que hace el hombre cuando hay manos limpias y corazón puro, algo parecido sucede a Abel quien es bendecido por Dios mientras que su hermano Caín es rechazado por tener un corazón invadido por la envidia.

La consagración es el momento culminante de la Eucaristía ya que el Señor Jesús, que ha estado presente desde el comienzo, llamando y convocando, purificando y hablándole al corazón a su pueblo para anunciarle sus promesas e invitarlo a ofrecerse con El, reafirma su presencia de una manera nueva y única y da así el paso definitivo para que el hombre pueda entrar en íntima comunión con él y con su

proyecto. Es el proyecto que El pone en las manos de Dios "Padre, que todos sean uno, como tú estás en mí y yo en ti. Que sean uno en nosotros y así el mundo creará que tú me has enviado".

En la consagración, el pan y el vino, producto de la inteligencia, de la solidaridad y del trabajo del hombre, ofrecidos por la Iglesia y aceptados por Dios y que se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo, se abre el camino para que, asimilados por el mismo Cristo en este intercambio de la comunión, podamos, con él, ofrecernos con todo lo nuestro al Padre y disponernos a la misión entre los hombres.

Hay un don de Dios y nosotros también entregamos nuestro don. Ofrecemos pan y vino y Jesús se entrega y se da a nosotros. No hay vida sin intercambio y la oración de la Eucaristía dice: "Concedéndonos participar de la divinidad de aquel que se dignó

revestirse de nuestra humanidad". Siempre Dios da y nosotros recibimos. Eso es la ley de la vida, en el amor, en el matrimonio y en la amistad.

La consagración es un momento clave en esta relación de amor con Dios que se desborda y nos da a su Hijo bajo las apariencias del pan y el vino, ahora transformados en el propio Jesús.

El Jesús que comulgamos es el mismo de la Última Cena y de la Cruz. El nos dijo que hiciéramos "esto" en su memoria y nada mayor hay en la Iglesia que esta realidad del Misterio Pascual de Cristo que se repite en cada Eucaristía.

Es un acto de amor de toda la Iglesia, de los cercanos y los lejanos. Está pleno de santidad y lo importante es vivirlo impregnado con los sentimientos de Cristo para evitar que sea una costumbre o una rutina.

Hay una tragedia en la Santa Misa celebrada sin amor o en pecado y la consagración debe llevarnos a meditar en el gran problema de la calidad de nuestro amor a Dios. Ofrecer a Cristo significa ofrecernos en El o nada tiene sentido. Es el "morir con El" para "Resucitar con El".

"Cuando participamos en la Eucaristía y estamos cerca del altar o en el altar, debemos transformar el corazón y todo lo que es pecado debe ser superado. Así llegaremos a ser como la hostia inmaculada una sola víctima agradable a Dios". Así escribía el Papa Pío XII y San Pablo nos "ruega que ofrezcamos nuestros cuerpos como una hostia viva y santa, agradable a Dios. Esto es nuestro culto racional".

Frente a la consagración podemos ser testigos como lo fueron los que vieron al Crucificado en el calvario, podemos ser como Simón el Cireneo que toma la cruz y

ayuda a Jesús. Podemos imitar a la Virgen María que está al pie de la cruz comprometida con lo que está sucediendo.

Lo que no podemos hacer es tratar lo sagrado en forma inconciente y olvidar la terrible frase del evangelio, "las cosas santas no pueden arrojarse a los perros" (Mt. 7,6).

Sé que es una gracia de Dios entregar el significado de estas realidades de nuestra fe y esa gracia habrá que pedirla para captar las maravillas de la Eucaristía, el gran sacramento del amor de Dios.

LA COMUNIÓN: Es el tercer elemento del sacrificio de la Eucaristía y de la Cruz.

Todo sacrificio es ofertorio, consagración y comunión. Es oblación que se entrega, es fuego que acepta lo ofrecido y es el don que regresa purificado porque el amor nunca se pierde y retorna enriquecido.

Se ha comparado la Eucaristía a la escala de Jacob, a ese sueño en el cual aparecía "una escala colocada en la tierra y su punta contra el cielo... los ángeles subían y bajaban... arriba estaba Dios" (Génesis 28, 12 ss.)

Jesús llega a nosotros como "el pan de vida" y nos recuerda que quien "lo come vivirá en él". Nös dice "mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida" y en forma tajante afirma "quien no come ni bebe mi sangre no tendrá vida". (Jn. 4).

Recibir la comunión es recibir a Cristo sin intermediarios permitiendo que El nos asuma y nos haga suyos. La única santidad verdadera es la de Cristo y frente a esta santidad del Señor desaparecen las santidades personales. El es la santidad que crece y asume nuestras vidas si estamos dispuestos a recibirla. Comulgar significa despojarse de orgullos y

vanidades para ser apropiados por la santidad de Jesús.

Somos vivientes en Él en una acción de misericordia y no de méritos.

Es fundamental abrir la puerta del corazón y dejarnos invadir por este regalo de bondad. Así lo hicieron Zaqueo, María Magdalena y el Centurión del Evangelio que no se creía digno de recibirlo en su casa. Así no lo hizo Simón, el fariseo, que no supo recibir a Jesús. Tampoco lo conoció la ciudad de Jerusalén que no entendió la visita de Dios y fue destruída, según la Biblia, por no haber captado el paso del Señor.

Jesús nos dice: "estoy a la puerta y llamo". Es de esperar que no encuentre puertas cerradas o altas murallas que impiden entrar a la santidad encarnada en Jesús.

Comulgar significa entrar en forma activa

en el camino del ofertorio y de la consagración para llegar a una plenitud. Es entrar en la Pascua del Señor Crucificado y Resucitado. No es comulgar con un muerto o con un recuerdo. Se comulga con la vida, con la esperanza y no con un pasado.

La comunión se extiende a todos los hombres y mujeres de la tierra. Alcanza a la creación entera porque Cristo no puede ser dividido.

La Eucaristía es misterio de amor fraternal y "si al tiempo de presentar la ofrenda hay algo contra algún hermano es necesario reconciliarse antes de traer la ofrenda". (Mt. 5,21). Comulgar con odio o sin amor es una mentira y una contradicción total con el significado del sacramento.

Nunca deberá haber una misa "de protesta" o "misas de izquierda o de derecha". Una misa cargada de ideologías

está fuera del sentido de la Iglesia y es un antisigno de nuestra fe.

Tenemos "un solo pan y un solo Cristo", sin barreras o exclusiones.

Comulgamos con todos los hermanos en un gesto de fraternidad consecuente o lo que estamos haciendo no tiene sentido. No se puede ser "devorador de hostias" como decía un escritor católico.

Hay mucho más sobre este sacramento central de la vida cristiana. Está la **presencia real** de Jesús que se queda en nuestros templos tantas veces olvidado. Esta la **Palabra de Dios** que explica y busca cómo iluminar los caminos de Dios y se hace carne en cada Eucaristía.

Le pido al Señor que nunca los cristianos, especialmente los sacerdotes, nos acostumbremos a la Eucaristía y que siempre vivamos maravillados de este

regalo de Dios.

"Haced esto en memoria mía"

Horas antes de morir, antes de consumir su sacrificio en la Cruz, nos pidió en una verdadera plegaria "Haced esto en memoria mía". Es una oración que tiene toda la intensidad y la solemnidad del momento final.

Jesús nos pidió que nos entregáramos en la fe, juntos y en forma personal, al recuerdo suyo para que nunca lo olvidáramos y perdiéramos el sentido profundo de su Persona entre nosotros. Sólo "haciendo esto en memoria de El" será posible encontrar el contacto y la fuerza capaz de renovar nuestra fe y seguirlo a El hasta el final. Es extraordinario pensar que después de 20 siglos, estamos haciendo lo que El nos pidió.

Los primeros cristianos fueron asimilando

lentamente esta petición y el Evangelio nos recuerda como los discípulos de Emaús "lo reconocieron al partir el pan". Poco a poco este recuerdo se fue transformando en un culto realizado no tanto por la memoria de Jesús sino por obedecer a un mandato. La fuerza del tiempo le fue quitando el acento maravilloso de "hacer esto en su memoria" y se empobreció **el sentido gratuito de reunirse para recordar a Jesús**, con amor y sólo por amor.

La Eucaristía a lo largo de los años, se ha transformado en muchos sectores "católicos" en un culto organizado, en un acto religioso, en una devoción o en una costumbre social.

Todos, sacerdotes, consagrados y laicos, necesitamos repensar y reordenar mentalmente nuestras Eucaristías para que el mandato del Señor recupere toda su fuerza y su valor.

Tendremos que revivir personal y comunitariamente la intensidad de la hora en que Jesucristo nos pidió que "hiciéramos ésto en su memoria". De otro modo es fácil quedarnos en lo externo, en lo superficial y así se debilita el profundo sentido de la Eucaristía.

La misa es la mejor poesía de Dios y la Eucaristía siempre será la prueba de la vitalidad de la Iglesia. El modo y el espíritu con que celebremos la misa es tremendamente decidor y significativo.

La Iglesia siempre necesita revisarse en esta vivencia de la Eucaristía o corre el riesgo de quedarse en una ceremonia que no lleva a entender el profundo sentido de la Última Cena.

Ojalá que podamos pensar en el sentido de lo que hacemos y que cada vez que participemos en la Misa lo hagamos sobre todo pensando en el Señor que nos pide

"hacer esto en su memoria". Así mantendremos vivo el compromiso de amor con Jesús y con todos los hombres del mundo.

El amor es gratuito, pero no es barato y vivir recordando a Jesucristo por amor no es fácil.

Celebrar la Eucaristía, significa proyectarla a la vida, a la justicia, a compartir la pobreza y el dolor humano.

Cristo nos dejó la Eucaristía con un corazón traspasado de amor, que lo llevó a dar la vida por nosotros, sus amigos. Siempre será necesario tener presente que Jesucristo en la Eucaristía es una persona y no un objeto. El está allí, en la forma del pan y del vino, y merece pleno respeto y jamás debe ser utilizado. Es una grave equivocación fomentar las "misas de campaña" o colocar una misa para rellenar un programa.

Qué importante es valorar los signos y respetarlos de verdad. Se requiere delicadeza de espíritu ya que un corazón vulgar jamás entenderá lo que significa la Eucaristía y la nobleza de amor de Dios escondida en cada celebración.

La misa no puede ser una "herramienta pastoral". Es demasiado importante para transformarla en una cosa. Se nos pide tener "manos limpias y corazón puro" para entrar al Santuario de Dios. Se nos pide superar las malicias y las tentaciones sutiles de Satanás que siempre tratará de quebrar nuestra fragilidad y nuestra pequeñez, haciéndonos caer en la rutina que nos puede llevar a la mediocridad.

La Eucaristía está profundamente ligada a los otros sacramentos ya que todos estos actos y gestos de Cristo están orientados hacia la Eucaristía que es la fuente de la cual brota la vida sacramental de la Iglesia.

Uno de los grandes trabajos de la pastoral es presentar esta complementación de la vida sacramental en un itinerario que se enriquece con los diversas formas de la vida humana.

No presentar la vida sacramental en esta unidad significa quebrar la unidad que Cristo le da a la vida cristiana a través de estos gestos suyos que van alimentando y haciendo crecer la fe, la esperanza y sobre todo el amor.

Vivir y entender estas realidades requiere oración y contemplación de estos actos del mismo Jesús para descubrir la belleza y la profundidad de una vida sacramental coherente y madura.

IV

LOS SACERDOTES Y LA LITURGIA

La Liturgia es una **ACCION** social, personal y comunitaria. Es una Acción y no una palabra vacía de experiencia. Es la expresión de una comunidad humana que reconoce a Dios, alaba y se pone en las manos del Señor Resucitado quien reconoce la fuente de la vida y la esperanza. La Liturgia es una experiencia de pertenencia en la cual hay diversas misiones o tareas. Es una acción existencial que prepara y anuncia el encuentro final en la plenitud del Reino de los Cielos.

Cada uno tiene un lugar, una misión, una parte del gran proyecto de Dios y en esta red de hombres y mujeres que se

reconocen pertenecientes a la misma Iglesia, donde cada uno cumple su parte en la tarea común, está el **SACERDOTE**. Es un bautizado en el cual la fuerza iluminadora del Espíritu ha realizado el misterio de consagrarlo en forma especial al servicio de la Iglesia.

En la acción Litúrgica el sacerdote está llamado a vivir lo que es propio en un servicio de amor a la comunidad.

El sacerdote, por la imposición de las manos del Obispo, ha recibido el sacerdocio por el cual queda unido de una manera especial a Jesucristo el único sacerdote perfecto. Jesús no es el primero de una serie y la misión de los sacerdotes no es reemplazarlo a El con su consentimiento.

No es tampoco un repetidor de algo que sucedió y no es un delegado elegido por el pueblo delante de Dios. Es un hombre que,

por la unción del Espíritu Santo, ha recibido la misión de prolongar a Jesucristo para anunciar el Evangelio, dar la Eucaristía y el perdón, y así ser pastor del pueblo de Dios.

La ordenación sacerdotal es mucho más que una función porque, significa una existencia nueva. Ha quedado como representante de Cristo, cabeza de la Iglesia, y es en esa unión capital con Cristo en donde se establece esta existencia o relación nueva con el Señor. Allí se produce una maravillosa transformación en la cual un hombre, frágil y vulnerable como todos, recibe la capitalidad sacerdotal que significa una identificación especial con Cristo. Por eso el sacerdote podrá decir con propiedad al celebrar la misa "esto es mi cuerpo" y podrá decir en la confesión "yo te perdono los pecados". Es Jesús que pasa a través de su persona aún en medio de la fragilidad que existe en ese ser humano.

Un Cardenal francés ha escrito: "Al altar el sacerdote nunca llegará solo. Lleva nuestra casa, nuestras ciudades y la civilización que debemos evangelizar. Lleva el dolor humano, las enfermedades, el pecado, la humanidad concreta con sus tareas y conflictos, con sus alegrías y tristezas. Todo esto debe llevarlo al corazón de Dios". Es la comunidad humana que se transforma en comunidad eclesial.

El sacerdote no está llamado a ahorrarse a los otros miembros de la comunidad su propia responsabilidad en la celebración sino que está llamado a ser el servidor de la animación comunitaria. No está marcado por el poder sino por el servicio y esto debe hacerlo atento a las búsquedas, inquietudes, vacíos, deseos profundos y sueños de la asamblea que él preside. Sólo puede presidir una celebración Litúrgica, es decir, servir al dinamismo comunitario de una celebración, aquel que es servidor de su pueblo y servidor de la Eucaristía.

El sacerdote está llamado a animar lo actual y lo futuro de la vida en cada celebración. Su vocación es enviar, en nombre de Jesús, a la hermosa misión de anunciar el Evangelio de Jesucristo. Su misión será siempre la de formar misioneros de la Iglesia al servicio del Reino. El sacerdote presidiendo la construcción de la comunidad debe abrirla a vivir más intensamente los dones que ha recibido de Dios. Es necesario que sepa proyectarse hacia el mundo al que la Iglesia ha sido llamada a servir y deberá invitar a crecer en alegría, esperanza, fe y amor.

La comunidad es convocada y reunida en la celebración, por la bondadosa iniciativa de Dios que nos reúne para poder comunicarnos su ternura de Padre, sus intenciones, sus proyectos, sus invitaciones. La comunidad eucarística no es resultado de una necesidad puramente psicológica o sociológica, ni de una

capacidad de liderazgo humano. El sacerdote es la figura simbólica, es la proyección de Jesucristo en esta experiencia comunitaria. Este simbolismo del sacerdote se vive en forma única y privilegiada en los sacramentos, muy especialmente en la Eucaristía. En ella el sacerdote, asumiendo la tarea de Cristo, reúne toda la vida de la asamblea y de la Iglesia y del mundo, la ofrece hasta la muerte y la recibe como un don de Dios en un Cuerpo nuevo que él, como Jesús, ofrece como alimento compartido para construir un solo Cuerpo. El sacerdote debe tanto por su acción en la Liturgia como por su vida invitar a esta acción arriesgada y que llena la vida de una Nueva perspectiva, porque nos hace entrar en la muerte y en la Resurrección de Jesús.

Para poder animar la comunidad el sacerdote está llamado a una actitud de silencio, de interioridad, de oración

personal, de descubrimiento del Dios que vive en lo secreto de cada hombre y mujer. Es el hombre de la oración y debe promoverla en su comunidad, partiendo de la Palabra de Dios y de los acontecimientos de la vida. Necesita ser un testigo viviente que ha entrado en contacto con Dios y es de esperar que algún día pueda decir que habla y actúa porque ha palpado personalmente al Señor.

Nada más dañino que el sacerdote que se transformó en funcionario, que "se acostumbró" a celebrar misas en forma mecánica y rutinaria. Pidamos a Dios que nuestros sacerdotes, ayudados por la oración, por la caridad pastoral, por la protección de la Virgen María, sean hombres de Dios, marcados y asombrados por la maravilla de la vocación recibida y por el sacramento que los hizo sacerdotes para siempre.

La Eucaristía es el sacramento de la

gratuidad del amor y por eso se ha dicho anteriormente que es "la mejor poesía de Dios". En cada Eucaristía celebramos el paso de la muerte a la vida, de la opresión a la libertad que nos ayuda a ser autores y protagonistas de nuestras vidas. El sacerdote, por consecuencia, debe ser el hombre gratuito, desinteresado y desprendido. La Eucaristía lo llevará necesariamente a valorar la gratuidad del amor. Si esto no sucede hay una señal de alarma indicando que no se ha penetrado en este misterio de fe.

Eucaristía significa "acción de gracias" y es agradecer a Dios por su bondad y su amor. Significa valorar la belleza de la vida y de las personas. En cada Eucaristía se expresa la celebración de la vida y la alegría de vivir. Por todo esto celebrar tiene siempre un sentido de esperanza y llevará al sacerdote a ser un hombre que viva siempre con un corazón inundado por la acción de gracias y por la alegría de vivir.

En la Eucaristía Jesús, el Cristo, se hace presente en donación de sí mismo y se comparte en totalidad con nosotros. Es el sacramento de la unidad porque Jesús se hace presente y se entrega para que en El podamos encontrar nuestra unidad entre nosotros y con El realizar su proyecto sobre el mundo y el hombre. Este gesto nos llama a nosotros a una actitud de don, de perdernos para encontrarnos. Por eso, en la Comunión, cima de la Eucaristía, estamos invitados a perdernos en Jesucristo para reencontrarnos en El formando con El un solo Cuerpo. No nos acercamos a la comunión para apoderarnos de Cristo, para asimilarlo, sino para dejarnos tomar y asimilar por El y en El. Por eso es que, si bien la Eucaristía es la meta y la cima de la vida cristiana y de la Liturgia, se debe tratar de llegar a su celebración sólo cuando la comunidad está dispuesta a dar ese paso de donación que significa perderse para morir y así reencontrarse en el amor y en la verdad. De otro modo se cumplirá con

un rito, sin vivir el sentido profundo de la Eucaristía. Cuando sólo es un cumplir con una ceremonia, la Eucaristía no tiene sentido porque ha perdido su razón de ser y la intención de Jesús ha quedado desvirtuada o falsificada. La Eucaristía es un llamado a comprometer toda la vida y celebrar el memorial de Jesús es sentir en lo más profundo de nosotros mismos un llamado a vivir nuestra vida en una actitud de don que lleve a la comunión y participación que nos pide la Iglesia.

El sacramento de la unidad compromete al sacerdote a ser hombre de comunión y puente que une a quienes piensan de diversas maneras. Ser puente que acerca y abre los caminos de la unidad y de la paz nace como una consecuencia de este sacramento.

Cuando algún sacerdote divide y separa a las personas, por no ser hombre de comunión, habrá que pedirle mucho al

Señor para que recupere el sentido de su vocación de mediador a imagen de Cristo, único y perfecto sacerdote. En Jesús está la imagen de quien vive para que "todos sean uno" y el capítulo 17 de San Juan muestra la intensidad de la preocupación de Jesús por la unidad.

No podría dejar de expresar en estas reflexiones, sobre el sacerdote y la liturgia que cada vida sacerdotal es equivalente a un milagro de Dios y también expresar mi admiración, respeto y cariño por quienes viven esta hermosa vocación. He visto a tantos sacerdotes que han mostrado el rostro de Jesús a muchos cristianos. He sido testigo de tanta entrega silenciosa, abnegada y humilde de sacerdotes que diariamente dan su vida al servicio de sus hermanos.

El don del sacerdocio es una maravilla de Dios y deseo agradecerle al Señor por los sacerdotes que he conocido y que han

enseñado a amar a sus semejantes.

Los sacerdotes somos frágiles y fuertes, débiles y poderosos; pero por sobre todo está el amor a Dios que pasa a través de sus vidas y nos trae el perdón y la paz.

V EL DÍA DEL SEÑOR Y LITURGIAS SIN SACERDOTES

a) El día del Señor.

Es absolutamente necesario que abramos espacios y tiempos que nos permitan penetrar el sentido profundo y la maravilla de vida que existe detrás de las apariencias. Más aún, es de importancia vital cultivar una vida coherente con el Señor y su Evangelio. Se requiere crear condiciones que nos permitan un re-encuentro profundo con la Presencia y la Verdad del Señor en nuestras vidas. Recuerdo aquella convicción de un cristiano del siglo II: "Nada es vacío para el que vive en la presencia del Señor". Todos estamos llamados por Dios a crecer en la oración que es una necesidad fundamental

para todo bautizado. La palabra de Jesús "sin Mí nada pueden hacer" (Jn. 15,6) significa mucho para quien tiene fe.

Es importante recordar la renovación que genera en nuestra vida el Espíritu Santo cuando creamos las condiciones para que El penetre e ilumine lo más profundo de nuestra intimidad.

Las celebraciones litúrgicas son vitales para el crecimiento de la fidelidad al Espíritu del Señor en nuestras vidas. Allí el Señor sigue comunicando su gracia renovadora y deberá constituir un renovado impulso para nuestra vida cristiana y para nuestra misión evangelizadora en donde vivimos.

Los cristianos hemos establecido "el Domingo" para dedicarlo a Dios y reencontrar en El el sentido profundo de nuestra vida, de nuestros trabajos y de nuestras acciones. Así decimos que la

Iglesia ha señalado este día para la renovación y crecimiento de la vida cristiana.

La mejor manera de santificar este día es la participación en la Santa Misa, el centro y el corazón de la vida cristiana. Desgraciadamente para muchos cristianos sólo ha quedado la obligación, el precepto, y la misa se ha transformado en una rutina o costumbre.

Ser cristiano suele significar con frecuencia ir a Misa los Domingos. Y así muchos lo expresan: "Soy muy católico, voy a Misa todos los domingos". Ese juicio es verdadero siempre que la misa sea una expresión de fe, síntesis profunda de encuentro con Dios, con la Iglesia y con todos los hombres del mundo.

Una consecuencia sin vida, sin amor, no tiene la fuerza que Dios puso en ella; más aún, las misas sin amor, sin fe, sin un

deseo de participación en la vida de Jesús, con todo lo que esto significa, constituyen un contrasentido, un engaño o, simplemente, una ilusión.

En nuestro tiempo es difícil para muchos la misa dominical por las distancias geográficas, por la escasez de sacerdotes, por la vida de la dueña de casa que está recargada de trabajo, por el cansancio del hombre que tiene turnos de trabajo agotadores, por la cosecha que no puede ser postergada.

También ha penetrado en algunos sectores la idea de que se debe ir a Misa, sólo cuando se tiene ganas o cuando se siente la necesidad. Toda una corriente subjetiva tiende a darles a los mandatos del Señor una interpretación subjetiva o sentimental que fácilmente destruye toda norma y toda forma de religiosidad. Casos individuales o problemas especiales siempre habrá: pero la Iglesia, como toda institución, necesita

regirse por algunas leyes básicas que no se pueden desconocer.

Es inquietante oír frases como ésta: "Voy a misa cuando tengo ganas"; "rezo cuando tengo necesidad"; "rezo cuando lo siento".

La vida cristiana es mucho más que un sentimiento o una emoción, y se nos pide mayor reciedumbre y mayor fe.

Dada la importancia que reviste este mandato para la vida de los cristianos, conviene clarificar algunas disposiciones:

El precepto de santificar las fiestas mantiene toda la vigencia. Es un mandamiento de Dios y no un capricho de los hombres, y es por esto que obliga en conciencia y en forma grave.

El mandamiento de "oír Misa entera los domingos y fiestas de guardar" también está vigente, y el no realizarlo constituye

falta grave.

En las comunidades cristianas en que no hay posibilidad razonable de participar en la misa por ausencia de sacerdotes, el precepto dominical será reemplazado por una liturgia celebrada por diáconos, ministros o personas que pueden dirigir la oración en común. Estas celebraciones tienen todo el valor santificador y deberían ser expresiones de amor a Dios meditada en común y, si es posible, debe terminar con la comunión con el Señor, mediante hostias consagradas anteriormente por los sacerdotes.

Las personas que no pueden participar en la Santa Misa y que no pueden asistir a las liturgias sin sacerdotes, también están gravadas en conciencia a celebrar el día del Señor y a santificar el Domingo. Podrán hacerlo de diversas maneras, ya sea meditando un tiempo en su casa, ya sea rezando el Santo Rosario. Puede ser en

forma individual; pero será mejor hacerlo en familia.

Las personas que no pueden asistir a la Santa Misa por razones válidas y que celebran el día del Señor en las formas indicadas cumplen con el precepto del Señor y pueden, en conciencia, estar tranquilas.

Importa mucho que los mandamientos los vivamos con amor y con alegría y que estos deberes sean transformados en derechos. Ojalá que algún día podamos pensar en la oración como en un derecho de los hijos de Dios más que en una obligación o una carga pesada.

Sólo así podemos crecer en el amor y en la fe. Entonces la vida cristiana, en esas condiciones, adquiere todo un sentido de esperanza y de alegría.

d) Liturgias sin sacerdotes.

Muy relacionado con "el día del Señor" está el tema de las liturgias dominicales sin sacerdote y de otras celebraciones, funerales y bendiciones en las cuales no se celebra la Santa Misa.

Si la Eucaristía es la celebración central de nuestra vida litúrgica, todas las otras celebraciones litúrgicas deben estar orientadas hacia Ella, lo que no significa que deban ser unas especies de "pequeñas eucaristías". Estas celebraciones tienen toda una densidad particular; pero no deseen ser una imitación de la Eucaristía. Llegar a una celebración Dominical que no sea una "copia" de la Eucaristía sin consagración, requiere de la comunidad que la celebra y del ministro que la preside, un saber entrar en la vida concreta de los que celebran, conocer sus expresiones y su cultura, tener un espíritu creativo y recreativo para no imitar, sino

vivir una experiencia distinta y que no desconcierte a la gente creyendo, en su simplicidad, que han participado en una "misa especial". Todo esto supone en la persona que preside una atención viva a la vida, un espíritu de interioridad y un sentido de respeto por todo lo sagrado. Es penoso ver, en las celebraciones, por ejemplo, personas de buena voluntad que presiden estas liturgias sin lograr separarse del altar, que es un elemento privativo de la Eucaristía. Es necesario recrear celebraciones litúrgicas que vayan, por su espíritu de comunicación y participación, por una invitación espontánea y libre a partir de la Palabra, preparando el espíritu de los que celebran, a una participación más viva y más comprometida en la Eucaristía. Aceptando las diferencias que existen entre ambas celebraciones, asumiéndolas, se enriquecerán ambas y tendrán ambas su propia densidad. Hay elementos de la vida espiritual que no siempre se pueden vivir en las asambleas litúrgicas: una participación

personal ilimitada, un llegar a la vida concreta de cada uno, porque el gusto de la brevedad y de lo formal lo impiden. Esto nos llevará a "crear una zona intermediaria entre la formalidad y a veces rigidez de la liturgia objetiva y el realismo brutal de la existencia, un terreno de encuentro de esas dos realidades que constituyen la existencia del cristiano, una zona en la cual la oración personal del hombre llegue a unificar el espíritu del sacrificio celestial con el espesor de la existencia terrestre". Esta "zona intermediaria" podrían ser las celebraciones que nunca deben ser tomadas, como a veces lo hacemos, como un reemplazo de la Eucaristía, que es irreemplazable, sino como una preparación que nos haga llegar a ella habiendo vivido en intensidad personal y comunitaria lo esencial de ella para poderlo vivir plenamente en la Eucaristía. No es el número de Eucaristías que celebre una comunidad la que la hará vivir más intensamente el Evangelio, sino que la calidad de interioridad y de comunión que

en ellas se vivan. Las celebraciones no pueden hacernos ahorrar lo personal, esa oración que Jesús nos invita a vivir. Nunca podemos olvidar que "cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará" (Mt. 6,6). Sin esta oración personal, la Liturgia es vacía.

Gracias a Dios que existen en nuestra Diócesis los **diáconos permanentes y los ministros**. El diácono permanente es para toda la vida y el ministro recibe los ministerios en forma temporal y renovable cada dos años.

Tanto el diácono como el ministro han significado una bendición de Dios y la celebración de las liturgias sin sacerdote, los bautismos y en algunos casos especiales los matrimonios que pueden bendecir por delegación de la Santa Sede han constituido una riqueza extraordinaria

en la vida diocesana.

En mis largos años de episcopado he visto la acción del Espíritu Santo en estos hombres generosos que, en compañía de su familia, han hecho tanto bien a nuestra Iglesia. Han abierto caminos nuevos y constituyen una esperanza muy grande, que Dios los bendiga siempre.

VI

EL SENTIDO DE LO SAGRADO

Para poder comprender mejor lo que es la liturgia, relación personal y comunitaria con Dios, es necesario explicar lo que significa lo sagrado y la manera de interpretarlo para seguir fielmente a Jesucristo.

"Lo Sagrado" nos habla de algo que está más allá de nosotros, de una realidad que tiene otras dimensiones, otra calidad de vida, otra intensidad que la nuestra, otra consistencia. "Lo Sagrado" es lo que es propio del misterioso ser de Dios que es inaccesible a nuestras capacidades, pero que Dios ha querido poner en nuestras manos por Jesús, su Hijo, que lleva en sí mismo toda la vida de Dios y todo lo que es

humano, menos el pecado (Hebreos 4,15) que nos deshumaniza. En Jesús, plenamente hombre y plenamente Dios, podemos leer y descubrir lo sagrado pero de una manera muy diversa a lo que lo entienden algunas religiones. No es lo sagrado que paraliza, atemoriza y crea una barrera entre Dios y el hombre. Es una presencia de lo sagrado cercana, que da confianza, que desciende hasta las dimensiones del hombre. Lo sagrado asombra en las religiones por lo grandioso, por lo indecible; pero en la vida cristiana, eso grandioso e indecible se hace pequeño, cercano, habla nuestro idioma, vive en nuestra vida. Ponerse en contacto con lo sagrado, en cristiano, es entrar en un contacto íntimo, personal y comunitario, con Jesucristo, es ser llevado por El, a través de la consistencia de la vida humana, a la trascendencia de Dios. Es tomar a Jesucristo como camino que nos conduce al Padre, como El mismo lo dice, para llegar a habitar esa morada interior que El nos tiene preparada, que existe en nosotros y que nosotros,

demasiado absorbidos por lo externo, no llegamos a tocar. No se puede llegar a lo sagrado sin asombro, sin sorprenderse, sin adorar. Cultivar lo sagrado en nosotros supone cultivar esa capacidad de asombro y de escrutar en lo cotidiano una Presencia viva. Si esto no sucede, rebajamos nuestra vida religiosa y hacemos menor la grandeza de Dios.

Lo sagrado en el Evangelio está en esa persona concreta que se llama Jesús. El hace que corra un rumor de asombro por el pueblo, porque cuestiona un sentido materialista de lo sagrado que había cultivado el pueblo judío instruido por los sacerdotes del Antiguo Testamento. Ellos habían distorsionado el sentido de lo sagrado centrándose en las cosas y lugares, creando un ritualismo sin contacto con la vida, con olvido de los llamados insistentes de Dios a vivir lo sagrado en el amor, la justicia, la solidaridad, la misericordia. El diálogo de

Jesús con la samaritana (Jn. 4,1-42) nos hace entrar de lleno en una nueva manera de mirar lo sagrado.

Ese riesgo no está ausente de nuestra vida litúrgica ya que tendemos a separar culto y vida. La Palabra de Dios, la vida concreta vivida en todas sus dimensiones, y el culto, forman una sola realidad indivisible y cuando separamos cualquiera de estos elementos, vivimos sólo una apariencia de vida cristiana o una vida cristiana cercenada. La Liturgia no puede estar separada de la Palabra ni del llamado a la santidad que nos pide el Señor. Uniendo estos tres elementos nos unimos a esa persona indivisible que es Jesucristo, el Señor Resucitado, que es Profeta, Sacerdote y Pastor de nuestra vida.

Lo sagrado pasa por la persona de Jesús a nuestra vida haciendo, de una manera misteriosa, que todo lo nuestro entre en las dimensiones sagradas de Dios que, por su

Espíritu, vive en nosotros y anima nuestra vida en todos sus aspectos. Los objetos y lugares no son sagrados por sí mismos, como tampoco los ritos. Son sagrados en cuanto son elementos que llevan y dan un marco a nuestro encuentro personal con Dios, en Jesús. Los templos son dignos de respeto, de cariño, de cuidado, pero sólo como elementos de encuentro con esa realidad profunda e interpersonal del hombre con su Dios en Jesús. Por eso, el culto no puede descansar en ellos ni quedarse en ellos. Son sólo elementos de apertura para ir más allá de ellos mismos. Si no, se transforman en ídolos y nos quedamos, lo que pasa a menudo, con el don olvidando el donante.

La simplicidad de los ritos pueden llevarnos más allá de ellos mismos a Dios. La riqueza de los templos y de los objetos puede fácilmente hacernos descansar en ellos. En la Edad Media los religiosos contemplativos cirtencienses lo

entendieron así y nos dejaron una construcción y objetos de culto que realmente abren a la inmensidad de Dios. La riqueza no sólo tiene este signo negativo de centrarnos en los objetos y en los edificios sino además es capaz de desviarnos de lo que es central: la misericordia y el amor de Dios.

San Juan Crisóstomo, en el siglo IV, nos plantea la forma que el Señor desea que vivamos el culto. ¿Tú quieres honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies entonces cuando está desnudo. No lo honres aquí en el templo con tejidos de oro y seda mientras que lo dejas sufrir al frío y por falta de ropa. Porque el que dijo: "Esto es mi cuerpo" y que lo ha realizado al decirlo, es el mismo que ha dicho: "Ustedes me vieron con hambre y no me dieron de comer". ¿Qué ventaja puede tener que la mesa de Cristo esté llena de vasos de oro mientras que El mismo se muere de hambre?. Comienza por saciar al

hambriento y, con lo que te sobre, puedes adornar el altar. Tú ves a Cristo cubierto de harapos y tiritando de frío y tú le niegas el abrigo, pero le levantas columnas de oro en el templo diciendo que lo haces para honrarlo. ¿No te dirá más bien que tú le burlas de El? ¿No pensará que tú le haces una injuria, y la peor de las injurias?".

VII

SUGERENCIAS PARA VIVIR LA LITURGIA CON MAYOR PROFUNDIDAD Y EN UNA BUENA ORIENTACION

Con frecuencia escucho que hay una crisis en nuestra vida litúrgica y que nuestra vida sacramental ha perdido fuerza interior y necesita una mayor vitalidad. Se oye decir que el hombre contemporáneo ha perdido en parte importante, el sentido del misterio de Dios y que los avances técnicos hacen creer que el ser humano puede olvidar a Dios.

Comparto estos juicios con los matices necesarios porque existen realidades y vivencias muy profundas de Dios y de la liturgia. En contrapartida se encuentran hombres y mujeres que se dicen cristianos

pero, que en sus vidas, parece no existir ningún asombro por el mundo misterioso de Dios y no hay indicios que busquen el rostro del Señor.

En todo caso, sea cual sea el actual estado de nuestra vida litúrgica, es necesario entregar estas sugerencias para mejorar lo que está bien y para enderezar lo que está desviado.

a) Romper la barrera entre los cristianos activos y los cristianos pasivos.

No podemos renovar nuestra vida sacramental mientras no rompamos la barrera que separa a la Iglesia en dos grupos: los activos y los pasivos; los que dan y los que reciben. Esto es negar la plenitud de la vida y de la dignidad en unos y otros. La pastoral no será realmente fecunda mientras se mantenga una porción de la Iglesia en estado de pasividad, en una desigualdad que le quita a algunos la

posibilidad de vivir en abundancia su vocación cristiana, que le da a otros un poder y un lugar que aplasta en lugar de promover la vida.

Para ser precisos será útil mirar nuestra vida de Iglesia y escuchar el lenguaje que usamos y que es revelador de lo que vivimos. Un lenguaje muy marcado por el dar y el recibir que es el lenguaje del tener y no del ser.

En los campos nos cuentan por ejemplo: "vino el padre y nos "dio" la Misa el Domingo pasado". Un sacerdote celebrando un matrimonio explicaba a los novios que "la Iglesia 'les entrega' este sacramento".

Está casi consagrado en nuestro lenguaje de Iglesia el "recibir" los sacramentos. Hablamos de, "tener fe", "perder la fe". Lenguaje ambiguo.

Este lenguaje, volviendo a lo sacramental,

nos lleva a dos tipos de miembros de la Iglesia: los que "entregan" y "dan" que es, generalmente, el personal consagrado. Ellos dan lo que tienen a los que no tienen. Otros se limitan a recibir lo que otros hacen y dan. Esto va creando a su vez dos niveles de cristianos: unos activos y creativos que tienen, al frente a otros pasivos que sólo abren las manos para acoger.

Este lenguaje es peligroso, pues revela no probablemente lo que pensamos explícitamente, pero sí lo que vivimos. Sin embargo, tiene la virtud de cuestionar nuestra actividad sacramental.

Este lenguaje no sólo revela estos dos niveles de cristianos sino que además revela una tendencia "cosificante" en nosotros. Si el sacramento es algo que se da y se recibe. Se entrega y se acoge, se transforma en una cosa y se pierde esa maravillosa dimensión de encuentro

amoroso, de acontecimiento vital de misterioso entrelazar nuestras vidas entre nosotros y con Dios. Un misterio de lo vital. Termina siendo "algo sagrado" que se intercambia. Y este intercambio de cosas y a veces sin todo el respeto que se debe tener ante el misterio de la persona y su relación con un Dios que es Padre lleno de amor y de misericordia.

Para poder ir hacia una renovación en nuestra liturgia se requiere mirar nuestra vida y descubrir los vacíos y las riquezas que tenemos. Porque, al lado de este lenguaje ambiguo, hay todo un deseo de hacer que los cristianos tomen su lugar y que se preparen para celebrar los sacramentos de una manera nueva. Tomando lo positivo que tenemos, corrigiendo lo que es necesario corregir, podremos avanzar. El Señor está con nosotros y su presencia nos llevará por sus caminos si nos dejamos educar y orientar por El.

Una Iglesia de comunión como la quieren las orientaciones pastorales necesita ser una Iglesia en la cual la comunión se traduzca en participación real y no meramente verbal.

b) Crecer con Jesús en la contemplación del Reino de Dios con nosotros.

Los cristianos soñamos y deseamos "una Iglesia al servicio del Reino de Dios" y ayudará enormemente a realizar estos anhelos una liturgia que crece por la contemplación del Reino.

Entrar en los sacramentos significa una relación profunda en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo o "sea con la fuente, el río y el agua" como lo dice hermosamente un antiguo Padre de la Iglesia.

Para entrar en esta relación con la Trinidad se necesita penetrar en la contemplación del misterio del Reino que vive en nuestro

corazón. Es un paso previo para entrar en la liturgia de los sacramentos.

Es descubrir gozosamente en el asombro y en la acción de gracias que Dios está vivo y actuando en la trama de la vida del mundo de los hombres y actuando por pura misericordia y gratuidad. Es descubrir experiencialmente que lo que nos dice la Palabra de Dios es algo real. Que "Dios nos amó primero", que "no somos nosotros los que lo hemos elegido, sino que él nos eligió primero" antes que lo conociéramos, antes de cualquier iniciativa nuestra.

Sin este primer paso que es previo al sacramento no podemos vivirlo plenamente. No podemos tampoco sentirnos Iglesia, pues ésta, y en ella los sacramentos, es la revelación de esta presencia del Reino... y ¿cómo revelarlo si primero no lo descubrimos y experimentamos en nuestra vida? Sin este paso no puede haber celebración, porque se celebra lo que se ha

descubierto, ni tampoco puede haber misión, porque se anuncia lo que se ha vivido, lo que se ha descubierto como buena noticia para nuestra vida. Descubriendo las raíces del Reino de Dios mezcladas con nuestras propias raíces humanas podemos dar los pasos que nos llevan a la Liturgia y a la Misión.

Para poder gozar de esta experiencia tenemos que forzosamente renunciar a los formulismos vacíos y rutinarios que crean un ritualismo vacío y frío. Tenemos que renunciar también a una actividad desbordante que nos impide este paso de contemplación. Tenemos que examinar nuestra tendencia a llenarnos de requisitos disciplinarios que pueden transformar la vida sacramental en un cumplimiento de cosas externas sin una base interior. Tenemos que enfrentar la tendencia de dejarnos llevar por un cómodo y rutinario apego a ritos y tradiciones. Todo esto nos puede llevar a olvidar, en la práctica, la

maravillosa misericordia de Jesús y su manera única de privilegiar el encuentro con Dios y con los hombres. Es, de alguna manera, pasar de la Ley al Amor.

Es un llamado a entrar en nosotros y con los otros en una vida de recogimiento y de contemplación en la vida. A una lectura de la Palabra de Dios a partir de la vida. "La Biblia revela sus secretos a quien la lee por amor a la vida". Es lo que vivieron y sintieron probablemente los apóstoles cuando se dijeron a sí mismos: volvamos a lo esencial: la oración y la Palabra. Es también un llamado a acoger, como Jesús lo hizo, a las mujeres y los hombres, cristianos o no, para escucharlos y escudriñar en ellos esa maravillosa presencia del Reino de Dios. Es, antes que nada acercarse a Jesús como al Maestro y al Amigo, sentirlo, compartir con El, permanecer con El, mirarlo, seguirlo.

Todo esto no es aún liturgia pero sí es una

condición "sine qua non" a una liturgia verdadera.

Lo que yo he descubierto con asombro y en adoración en mí y en los otros y con los otros, me lleva a celebrar, a dar gracias, a unirme a otros para expresar lo que he descubierto con otros que también lo han vivido. Y este movimiento interior nos une otra vez a Jesús que, habiendo descubierto la presencia del Reino de Dios en la trama humana y especialmente en los más pequeños, pobres y simples, celebra esto dando gracias y alabando a Dios junto a sus amigos. Pero también nos une a otros momentos de Jesús en los cuales El, junto con sus apóstoles, reconoce esta presencia de la vida y la fuerza de Dios en el mundo y la revela a través de acciones salvadoras y liberadoras del hombre aprisionado en su pequeñez y fragilidad. Cuando la Iglesia se une hoy a Jesús en esta doble experiencia: la de reconocer y alabar, la de hacer que esta fuerza y presencia se revele como una

acción salvadora del hombre, entonces se entra de lleno en la liturgia. La Iglesia "hace" liturgia cuando convoca y reúne a los hombres y mujeres que la forman para alabar y bendecir a Dios y dejarse invadir por su vida. Y la liturgia, a su vez, hace a la Iglesia cuando se tiene la experiencia de pertenencia a una misma familia en el amor creciente, y se es invitado a llevar a todos los hombres esta buena noticia. Es la experiencia de un Dios que es un Padre y que nos ama a cada uno como personas únicas e irrepetibles, pero que, al mismo tiempo, nos llama a formar un solo cuerpo de hermanos. Y esto con todos los hombres sin distinción. Así, la liturgia es, al mismo tiempo, una expresión de la comunidad haciéndola vivir de una misma fe, de un mismo amor, de una misma misión.

Este segundo paso nos lleva a reconocer que la meta de la vida sacramental, antes de ser el perfeccionamiento individual, es la de construir la comunidad eclesial para

que, en ella y a través de ella, podamos crecer como personas y ser salvados y liberados por Jesús Salvador.

Nos lleva también a urgirnos para darle a cada persona un papel activo y protagónico en la Iglesia. Nadie está exento ni puede ser marginado de esta necesidad de expresar lo que se ha vivido como experiencia del Reino. Es un llamado a hacer real la participación y la comunión de todos. Lo es también a que los ministros consagrados y laicos responsables de las comunidades sientan como propio el llamado a servir como animadores de la participación y de la comunión en el compartir. Es saber confiar en que cada persona tiene algo único que aportar para crear, con el servicio de los responsables de la comunidad, la armonía que tiene que brotar no de un uniformismo gregario, sino de una comunidad.

Esta experiencia litúrgica se vive, como toda celebración, compartiendo palabras,

gestos y cosas. Así se construye la comunidad que nos presentan los textos del capítulo 2 y 4 de los Hechos de los Apóstoles. Pero no con cualquier gesto o palabra, o cosa, porque es al mismo tiempo un memorial que trae la experiencia de Jesús vivo y resucitado, que ha vivido la experiencia de la acción liberadora del Padre en su Pascua. Por eso hoy, después de siglos de vida cristiana, la Iglesia toma las palabras, gestos y cosas que tomó Jesús para hacer vivir en comunidad la aventura salvadora de Jesús por todos los hombres de todos los tiempos. Tomando lo que la Tradición de la Iglesia nos entrega para que lo vivamos, haciéndolo nuestro y actual con nuestro aporte vivencial, creativo, cariñoso, vamos poniéndole un rostro y un nombre a esta experiencia: Jesús Salvador, Hermano, Pastor que nos invita a formar su propio cuerpo. Formando su Cuerpo podemos entrar con El a la resurrección. La Pascua es el acontecimiento fundante de nuestra fe y de nuestra liturgia, por lo tanto y, en la medida que entremos en este misterio,

podremos vivir la liturgia en toda su riqueza.

La comunidad, sin la cual no hay liturgia, que vive en el hoy el Misterio Pascual de Jesús, centro de la liturgia, se constituye así en una expresión viva de la Iglesia que se abre a un paso constitutivo de la Liturgia: **La Misión.**

La Iglesia que ha dado los pasos anteriores leyendo en el mundo la presencia del Reino, la Iglesia que ha celebrado lo descubierto en relación profunda con Jesús, muerto y resucitado, se constituye en luz para el mundo: es la que toma la misión de llevar a todos los hombres la buena noticia superando todas las barreras. Toda asamblea litúrgica es provisoria no sólo, porque hay muchos pasos siempre que dar para entrar más profundamente en el misterio del amor y de la presencia de Dios, en la comunión y la participación, sino que también, porque

siempre hay personas que no están, hay hermanos que han salido "cerrando la puerta de un portazo". No hay verdadera liturgia si no damos el primer paso pre-litúrgico, pero tampoco la hay si no hace nacer en la asamblea la urgencia de ir a comunicar a los otros lo vivido y descubierto en la liturgia como celebración. No podemos guardarnos para la intimidad del corazón ni de la comunidad cristiana, esa riqueza de la presencia y cercanía de Dios en Jesucristo ni esa experiencia de ser sanados y de ser perdonados y nutridos por la vida de Dios en la vida de la Iglesia y, muy especialmente, en los sacramentos, esos gestos salvadores de Jesús transmitidos a su Cuerpo, la Iglesia, hoy presente para el mundo, para todos los hombres.

c) Profundizar en la adoración y en la Meditación a la Palabra de Dios.

Los primeros apóstoles, nos enseña la

Biblia, vieron la necesidad de "dedicarse a la oración y a la Palabra de Dios" (Hechos 6,4). Hoy día toda nuestra Iglesia, especialmente pensando en la Nueva Evangelización a la cual nos llama Juan Pablo II, necesita hacer nuevamente una opción decidida y consecuente por estas verdades de siempre que pueden quedar postergadas por las urgencias de la acción o por las emergencias que nos invaden permanentemente.

Deseo referirme a la oración; pero sólo tomaré un aspecto: **la adoración** y, en especial, la adoración a Cristo presente en la Eucaristía, en el Sagrario del templo en el cual está presente y tal vez con frecuencia, ignorado o desconocido por muchos que no han descubierto esta Presencia real con toda la fuerza que tiene.

La Presencia del Señor en la Eucaristía, el Sacramento de la fe; nunca será una realidad fácil de explicar y los intentos por

explicar esta presencia han desfigurado su realidad. Finalmente lo que tiene fuerza es la Palabra de Dios y la Doctrina de la Iglesia a través de los siglos.

Se habla de Jesús sacramentado como del "prisionero de sagrario" como si fuera un encarcelado que está sufriendo algún castigo extraño. La verdad es que esta Presencia no podemos explicarla con respuestas fáciles a un misterio de fe tan extraordinario. Está la Palabra de Jesús y ésta es nuestra única respuesta.

Jesús, presente en la hostia consagrada merece nuestra adoración y una de las más bellas experiencias de la oración es justamente la adoración gratuita y silenciosa a quien ha querido quedarse con nosotros.

Le pido a los cristianos, especialmente a los consagrados tener tiempos serenos y tranquilos para adorar al Señor

Sacramentado. No se trata de obtener utilidades sino, simplemente de adorar a Dios en forma desinteresada y por amor.

El Santo Cura de Ars sostenía que "si entendiéramos lo que es la Eucaristía moriríamos de amor".

La oración se entiende cuando se llega a la adoración y se logra unificar la vida con la oración. Es un camino largo y no fácil; pero es necesario abordarlo con decisión y valentía para que integre nuestra vida cristiana.

Valorizo "los grupos de oración" que van surgiendo en nuestra Diócesis y ruego a los sacerdotes restablecer o mejorar los tiempos destinados a la adoración en las parroquias o comunidades cristianas. Sería de desear que se recuperara una tarde de adoración al Santísimo Sacramento en cada lugar que está presente la Eucaristía. Haría mucho bien a todos.

Rezar siempre será un riesgo porque significa modificar actitudes y entrar en los misteriosos caminos del Espíritu Santo. Al rezar nos exponemos a ser "arrinconados por Dios" que nos pedirá ser más generosos y serviciales. La oración, y sobre todo la adoración, lleva a la exigencia total en la vida y ese llamado de Dios suele ser esquivado por el hombre. Con razón el pueblo judío le decía a Moisés "habla tú"; pero que no nos hable Dios porque podemos morir".

Orar significa perdonarse a sí mismo, morir al egoísmo y al orgullo y dejarse invadir por la ternura del amor misericordioso de Dios.

Nosotros vivimos en "una superstición del tiempo" y creemos que es perder el tiempo orar en gratuidad; pero reafirmar el sentido de la oración es de fundamental importancia.

Un gran elemento de la vida cristiana y en

especial de la oración está en la **meditación de la Palabra de Dios** especialmente en los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento.

No me detendré en este tema; pero es demasiado importante que la Palabra de Dios y toda la Biblia sea recordada en todas sus dimensiones.

Pido leer y meditar diariamente algún capítulo del Evangelio, y espero que podamos establecer "talleres" o cursos bíblicos que permitan hacer de la Palabra de Dios un camino de mayor profundidad la vida cristiana.

En la adoración y en la palabra de Dios entendemos que la Eucaristía y los sacramentos están relacionados con todos los problemas actuales. Descubrimos el gran valor de la libertad cristiana y la alegría de vivir con esperanza y con paz.

En la Eucaristía está contenida toda la creación y todo lo bueno y santo que hay en cada ser humano.

Con razón un monje de la Edad Media escribía esta hermosa frase "éste que no consagra el universo que no consagre el cuerpo de Cristo".

d) PROPOSICIONES CONCRETAS

- 1 Estudiar y aplicar el directorio sacramental del Episcopado de Chile sobre liturgia. Hay elementos valiosos que pueden ayudar a entender mejor la vida litúrgica.
- 2 Asumir en la fe y con mayor vitalidad las normas sobre los sacramentos en especial sobre la Eucaristía. Suelen haber brotes subjetivos; pero la sabiduría de la Iglesia es mayor que nuestra subjetividad. Hay márgenes de creatividad; pero las normas sobre esta

materia deben ser asumidas con espíritu y con una obediencia filial de hijos que aman a su Iglesia.

- 3 Revisar la preparación de los sacramentos. Espero que las comisiones de liturgia y catequesis encuentren los caminos para que los sacramentos sean celebrados con respeto, con fe y con una preparación adecuada.

La Eucaristía y los sacramentos son grandes expresiones del amor de Cristo que pasa a través de los signos sacramentales. La Eucaristía es el misterio del don de Dios despojado y crucificado por amor.

Le pido a Dios que imitemos lo que tratamos y vivamos en el amor como Cristo nos amó.

+ **CARLOS GONZALEZ C.**

INDICE

Presentación	3
I. Dos realidades previas para entender la Liturgia	5
a) La Interioridad	5
b) El culto a Dios, o la virtud de religión	11
II. La Liturgia es experiencia personal y comunitaria del encuentro con Dios	16
III. Los Sacramentos y en especial La Eucaristía	28
Los Sacramentos son actos de Cristo	29
IV. Los sacerdotes y la Liturgia	57
V. El Día del Señor y Liturgias sin sacerdotes	69
a) Día del Señor	69
b) Liturgias sin sacerdote	76
VI. El sentido de lo sagrado	81
VII. Sugerencias para vivir la Liturgia con mayor profundidad y en una buena orientación	88
a) Romper la barrera entre los cristianos activos y los cristianos pasivos	89
b) Crecer con Jesús en la contemplación del Reino de Dios con nosotros	93
c) Profundizar en la adoración y en la meditación a la Palabra de Dios	102
d) Propositiones concretas	108